

do se la ha visto subir al cadalso, descender á calabozos, caminar hácia él mismo destierro más bien que renegar de la fé, si ha comenzado á creer que en el Sacerdote católico habia otra cosa más que el hombre. Por más vil que lo pinten las pasiones, por más despojado uue aparezca, por más que se le señale con un signo de irrisión, con una corona de espinas sobre su cabeza, una frágil caña en sus manos, una sucia y roída púrpura sobre sus espaldas, esposas á sus manos y grillos á sus piés, el Sacerdote conservará siempre una mirada que revelará su dignidad natural. Hasta en su abatimiento y oprobio, el Sacerdote católico responde al que lo hiere diciéndole: soy rey.

---

## CAPITULO XI.

---

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.—EL GENIO MILITAR  
Y EL GENIO SACERDOTAL.

El génio militar de los tiempos modernos es el que ha hecho descubrir la grandeza del sacerdote católico, al traves de los tristes escombros bajo los cuales el terror lo habia sepultado. Habia visto que la espada sola del soldado no bastaba á su ambicion: quiso asociarse á la cruz del sacerdote; pero qué hacer . . . La cruz habia quedado abatida, mutilada, arrastrada por el fango. El sacerdote estaba enrojecido con la sangre del cadalso, y vivia bajo un suelo estra-

ño fuera de su patria. La iglesia de Nuestra Señora de Paris, aquella antigua y santa basílica, tenia sus altares manchados por las prostitutas que en ellos se habian hecho adorar bajo el nombre de *Razon*. La iglesia de San Sulpicio habia estado consagrada á otra prostituta llamada la *Victoria*. La iglesia de Santa Genoveva habia abierto sus castas puertas al cuerpo infame de Marat. En aquel aniquilamiento de toda creencia, todo era para el país un conjunto hediondo de dioses nuevos que salian de su fango hoy para volver á caer mañana más asquerosos. Todas las viejas piedras estaban hechas pedazos, así como la antigua creencia que las habia levantado en los aires. La yerba crecia grande y espesa sobre los caminos que conducian ántes á los pavimentos sagrados. Los mismos sepulcros estaban profanados, y las cenizas de los grandes hombres, de los grandes reyes, se habian arrojado como las de todos.

El teatro reemplazaba la Iglesia; los cómicos se sentaban insolentemente en las sillas de los levitas degollados; se tenian por dioses á los dioses y diosas del teatro; se arrodillaban ante las prostitutas, avergonzadas ellas mismas del papel divino que se les hacia representar. Se quemaban en honor de estas divinidades man-

chadas un incienso repugnante en los incensarios robados; toda especie de pontífices abominables se sacaban por doquiera, para hacer los pontífices de este paganismo sangriento. Pobre Francia, ¡cómo flotaba de locura en locura y de crimen en crimen! Ella andaba aquí y acullá, de Srint Just á Barras, del terror al directorio, del cadalso á la licencia, de Jehovah á Júpiter. Sin embargo los repugnantes sofistas del 93, con bonete encarnado, hablaban al pueblo desde la cátedra profanada. Aquellos ministros de fango y de sangre, arengaban á las masas ebrias de vino, precisamente en aquel mismo lugar donde en otro tiempo brotaba la palabra evangélica, dulce entonces como el rocío, sobre la muchedumbre cristiana. ¡Desgraciados templos testigos de tantas orgías! La ópera venia á cantar sus himnos amorosos: Robespierre, para colmar el insulto, venia allí para proclamar al ser supremo, Lareveiluc—Leperaux, el teofilántropo, referia allí con la mayor sangre fría las absurdas invenciones de un imbécil que se cría un dios. Todas las pasiones ridiculas se daban cita en los templos, al mismo tiempo que todas las pasiones sangrientas se encontraban en la Greve y en los clubs. Todo lo que habia pertenecido al oculto de nuestros padres habia sido

hecho pedazos violentamente. Se había degollado al Sacerdote, se había destruido el altar, se habían derribado los santos monasterios; se habían quemado los libros santos: se habían fundido las campanas, rotos los cuadros, vendido los vasos sagrados, se habían profanado, destruido todas las cosas del culto. Este encarnizamiento sin ejemplo, este fanatismo inaudito, esta rabia violenta, esta superstición desenfrenada contra todo lo que era un altar, una pila de agua bendita, un crucifijo, cualquier objeto cristiano y católico, se había prolongado con una perseverancia horrible.

A vista de tantas ruinas y montones de escombros, el génio militar se llenó de compasión; él, tan altivo, tan duro; él, tan acostumbrado á la sangre y á los gritos del moribundo; él, tan insensible á la desolación en los campos de batalla; él, repetimos, sintió en vista de esto que sus ojos se llenaron de abundantes y gruesas lágrimas. Quedó triste y pensativo, preguntando su génio inquieto á cada resto para ver si de todo aquel viejo mundo destruido, de tantos recuerdos extinguidos, pudiera él, tan grande, tan fecundo, crear un nuevo mundo; todo calla, nadie responde á su bélico ardor. Derepente, como inspirado por un soplo divino, se para con

todo el orgullo de un poderoso conquistador, de un monarca invencible sobre aquellas áridas osamentas, y golpeando con su pié la tierra, evoca al génio sacerdotal; dócil éste á tan atonadora voz, se le presenta andrajoso, polvoso, porque volvía del destierro, salía de las prisiones; pero siempre magestuoso, sin haber perdido su dignidad. . . . Toma, le dice el génio militar, toma mi espada, y en cambio dame tu cruz. . . . de hoy en adelante marcharemos juntos; yo reedificaré los viejos templos demolidos, purificaré los altares manchados, llamaré al Santuario á sus ministros dispersos, y haré que la multitud se eche á sus piés, haré que la Francia vuelva á la fé y á su Dios.

El génio sacerdotal, enemigo de la espada y de la sangre, dudó por un instante, é iba á hablar para fijar sus condiciones de paz, de convicción y de amor; se halló arrebatado por la rapidez del génio militar, águila en su rápido vuelo y algunos días despues las puertas de Notre-Dame, crujen bajo sus goznes de bronce. Napoleon y su estado mayor, y el ejército y Francia, caen de rodillas sobre su antiguo pavimento, al lado del sacerdote católico.

Hé aquí uno de los más hermosos momentos de la historia contemporánea, cuando aquellos

dos grandes genios, el militar y el Sacerdotal corrieron ambos al socorro de la Francia perdida, llorosa, sin creencia, sin leyes, presentándole el uno su espada, el otro su palabra, el soldado el órden y la regla, el Sacerdote la fé y la creencia, el uno que abre los templos cerrados, el otro que llena los templos vacíos. El uno que viene del Oriente para ser rey absoluto, y el otro que vuelve del destierro y de la muerte para ser profeta escuchado; el soldado que es el señor por la fuerza, el sacerdote que es el señor por la conviccion; el uno que debia desaparecer más tarde, arrastrando á toda su obra con él, no dejando más que su fama; el otro que no puede morir; que nos alimenta siempre con su fé, y que comienza á gozar de aquel noble triunfo que alcanzó sobre las pasiones impías é incrédulas, más dichoso que el del emperádor Napoleon que no venció á la revolucion sino por un dia.

---

## CAPITULO XI.

---

DOCTRINA DEL SACERDOTE CATÓLICO,  
 PRINCIPIO SOLO DE VERDAD, DE VIRTUD, DE ÓRDEN,  
 DA SALUD Y DA GLORIA EN EL MUNDO.

*Un solo Dios, una sola Iglesia, un solo bautismo.* Con esta divisa, el Sacerdote católico ha marchado á la conquista del mundo; por esta doctrina de verdad y por este espíritu de unidad, carácter esencial de todo lo que es verdadero, ha comunicado la vida á la sociedad. La verdad es tan útil al hombre como el error le es funesto; porque la virtud conduce á Dios, mientras que no hay error que no tienda, en todo es-